

XIII.

-- Si los señores quieren pasar al salon, el café les está aguardando!...

Y en esto las puertas se abrieron.

En aquella hora, casi todos los convidados navegaban por el seno de aquellos deliciosos limbos, donde se apagan las luces del espíritu, donde el cuerpo libre de su tirano se abandona á los delirantes placeres de la libertad.

Unos llegados ya al apojéo de la borrachera, se estaban quедos y ansiosamente afanados en cojer un pensamiento que les atestiguáse su propia existencia; otros, sumerjidos en el marasmo motivado por la pesadez de forzada dijestion, negaban el movimiento; intrepidos oradores palabreaban toda-

via sin entenderse á buen seguro á sí mismos; en medio de eso, retumbaban algunos estribillos parecidos al ruido de una máquina obligada á cumplir con su vida facticia y sin alma. El silencio y el tumulto estaban unidos de un modo realmente extravagante.

Con todo, al oír la sonora voz del lacayo quien á falta de amos, les anunciára nuevos deleites, se levantaron en masa sostenidos, arrastrados ó traídos unos por otros.

Mas la compañía entera se quedó por un instante inmóvil y encantada al umbral de la puerta. Los escesivos goces del banquete palidieron cotejados con el cosquilloso espectáculo ofrecido por el banquero al mas voluptuoso de sus sentidos.

Debajo las resplandecientes bujías de una araña montada en oro, al rededor de una mesa de colores majicamente cargada, apareció como por encanto un grupo de mujeres á los embotados ojos de los convidados, y encendieronseles á su aspecto como otros tantos diamantes.

Ricos eran sus atavíos, pero mas ricas eran aun aquellas deslumbradoras beldades delante las cuales todas las maravillas del palacio desaparecieron. Los apasionados ojos de tales criaturas, prestigiosas como ninfas de la Grecia, estaban aun dotados de mayor vivacidad que los torrentes de luz ocasionada por el resplandor de los ropajes, la blancura de los

mármoles, los delicados ángulos y cortes de los bronces, y la gracia de las draperias. El corazon quemaba de ver los contrastes de sus hechiceros tocados, y de sus posturas, diversas todas en carácter y atractivos. Era una galeria de flores entremezcladas de rubíes, de zafiros y de coral; una cintura de collares negros sobre cuellos de nieve; fajas ligeras flotantes como las llamas de un farol; orgullosos turbantes; túnicas modestamente provocantes. Aquel serrallo ofrecía seducciones para todos los ojos, deleites para todos los caprichos.

Una bailarina en ademán encantador parecia hallarse sin velo bajo los ondulosos pliegues del cachemira. Allí una gaza diafana, aqui la voluptuosa seda ocultaban ó revelaban perfecciones sublimemente misteriosas. Piececitos hablaban de amor, bocas encarnadas y frescas se callaban. Habia niñas pulidas y decentes, de ayer virjenes, cuyas hermosas cabelleras respiraban relijiosa inocencia. Y tambien aristocráticas beldades de mirada arrogante, pero indolentes, pero delicadas, delgaditas, graciosas, y tenian la cabeza inclinada como si tuvieran todavia protecciones Reales para vender.

Una inglesa blanca y llena de castidad, aérea figura, descendida de las nubes del Ossian, se parecia á un anjel de melancolía, á un remordimiento escapándose del crimen.

La parisiense, cuya hermosura consiste toda en

una gracia indescriptible, envanecida de su gusto y agudeza, armada de su omnipotente flaqueza, blanda y dura á la par, sirena sin corazon y sin emociones, pero que sabe crear artificiosamente los tesoros del alma, y finjir los acentos del corazon, no se hallaba de menos en la tan peligrosa asamblea donde brillaban tambien Italianas en apariencia tranquilas y concienzudas en medio de su felicidad; y altivas Normandas, de magníficas formas; y mujeres del medio dia, del negro cabello, y del ojo penetrante y bien desarrollado.

Se hubiese pensado que eran las hermosuras de Versalles convocadas por Lebel, habiendo por la mañana preparado todos sus lazos, y llegando como una compañía de esclavas del oriente despertadas por la voz del mercader para marchar á la hora del alba.

Estaban confusas, vergonzosas, y se apretaban al rededor de la mesa á manera de las abejas cuando zumban á la entrada de su colmena. Ese tímido embarazo, pudor y coqueteria á un tiempo, acusaba y seducia. Era pudor involuntario. Un sentimiento que jamas la mujer abandona completamente, la prescribe envolverse con el manto de la virtud para dar mas atractivo, mas sabor á las prodigalidades del vicio.

De modo que la conspiracion tramada por el amo de casa, perdió su efecto. Esos hombres sin freno

fueron primeramente sujetos por el majestuoso poder concedido á la mujer. Un murmullo de admiracion resonó pues como la música mas dulce. Como la borrachera se habia apoderado de nuestros hombres sin que el amor se hubiese entrado con ella, en vez de estallar un uracan de pasiones, no hicieron mas que abandonarse á dulce enajenamiento, porque quedaron sorprendidos. Obedeciendo á la poesia que les domina en todo los instantes de la vida, los artistas estudiaban con éstasis los sùtiles y delicados matices que aquella coleccion de elejidas beldades distinguian. Un filósofo, despertado por un pensamiento debido casi casi á alguna emanacion de acido carbónico que del vino de Champaña se desprendiera, horripilábase en todos sus miembros columpiando las desgracias que conducian hasta alli esas mujeres dignas tal vez poco antes de los mas puros homenajes... Cada una de ellas tendria sin duda un drama lancinante que contar, casi todas traian con ellas infernales torturas, y las desgarraban recuerdos de hombres perjúros, de alegrías por la miseria repagadas.

Acercaronse las convidadas cortesmente, y entablaronse coloquios tan diversos entre sí como diversos eran los jenios ó caractéres. Y formaronse grupos. En breve fue este un salon, en el cual bellas servidoras van ofreciendo los socorros que traen consigo el cafe, los licores y el azúcar á los insóbríos

para cooperar al desembuche del estómago sobrecargado. Despues algunas carcajadas rebentaron..... Aumentóse el murmullo. Las voces crecieron en su ronquido: La orjía refrenada por un momento amenazaba por intervalos desbocarse de nuevo. Tales alternativas de alboroto y de silencio corrian parejas con una armonía de Beethoven.

Sentados ambos amigos en mullido divan, vieron como hacía ellos venía una arrogante jóven alta y bien proporcionada, de soberbio talante, de fisonomía no muy regular, si bien que penetrante, impetuosa, la cual impresionaba el ánimo por medio de contrastes vigorosos y chocantes. Su negra cabellera, desordenada artísticamente, mostraba al parecer que ya habia sufrido los combates del amor, y volvía á caer por sus bellas espaldas en bucles frondosos, cuya perspectiva era grandemente seductora. Largos anillos de seda parecían envolver su magestuosa garganta; sobre la cual pasaba por intervalos el reflejo de la luz revelando con sus capas brillantes la perfeccion y la finura de maravillosos contornos. Los tonos calientes, bien animados de sus vivos colores, resaltaban mas y mas por medio de su cútis meridional. Armado su ojo de pobladas cejas, brotaba llamas ardientes ó centellas de amor. Su boca de carmin, húmeda, entreabierta, convidaba al beso. Tenia un talle imponente, pero lascivo. Su seno y sus brazos eran como los hermosos retratos del Carra-

jio anchurosamente desarrollados; con todo, parecia ágil, blanda y suponía su vigor la lijereza de una pantera, como tambien la viril elegancia de sus formas anunciaba sus placeres devorantes.

Bien que se trasluciera, que sabia reir y jugueteonar á propósito, sus ojos espantaban la mente. Semejante á aquellas profetisas ajitadas por un demonio, asombraba mas bien que no gustaba. Todas las espresiones, y de todo jénero, pasaban agrupadas, y á manera de relámpagos por su movedizo semblante. Tal vez hubiese enajenado á hombres agotados; un jóven la hubiese temido. Era una estátua colossal caida desde una columna de un templo griego, sublime, si se veía de alguna distancia, y algo salvaje, mirada de cerca; pero su asombradora hermosura debia desaletargar los impotentes, encantar su voz á los sordos, y reanimar sus miradas á los vivientes que pertenecen á la tumba.

Comparábala Emilio, así en lontananza, con una tragedia de Shakespeare, especie de arabesco admirable, donde atraviesa la pasión, donde la alegría ahulla, donde el amor tiene no sé que de foréstico, donde el encanto de la gracia y de la bienaventuranza se sucede á los sangrientos tumultos de la cólera; monstruo que sabe acariciar y que sabe morder, llorar como los ánjeles, y reir como un demonio, improvisar en un solo abrazo todas las seducciones de la mujer, esceptuando sin embargo los suspi-

ros de la melancolía y las encantadoras modestias de la vírjen; luego en un momento rujir, desgarrarse los flancos, anonadar su pasion y su amante, destruirse finalmente á sí misma como un pueblo insurreccionado.

Ataviada con un vestido de terciopelo carmesí, hollaba con pie negligente algunas flores que de la cabeza de sus compañeras ya cayeran, y ofrecia desdeñosamente á nuestros amigos un azafate de plata. Altiva por su hermosura, orgullosa quizá por sus vicios, mostraba un brazo blanco y sedoso como su vestido. Hallábase aquí como la reina del placer, como una imájen de la humana alegría, de esa alegría que disipa los tesoros acumulados por tres jeneraciones, que rie sobre los cadáveres, se mofa de los abuelos, disuelve perlas y tambien disuelve tronos, transforma los jóvenes en viejos, y no pocas veces los viejos en jóvenes; de esa alegría cuyo jénero solo conocen los gigantes cansados del poder, experimentados por el pensamiento, ó para quienes la guerra ya no es mas que un juguete.

—¿Como te llamas?... preguntóla Rafael.

—Aquilina!

—Oh! oh! tú vienes de *Venecia salvada!* exclamó Emilio.

—Si, contestó. Así como los papas se dán nombres nuevos elevándose sobre los demas hombres, yo tambien he tomado otro elevándome sobre las mujeres.

—¿Tienes pues como tu patrona, un noble y terrible conspirador, que sepa morir por tí?...dijo vivamente Emilio estimulado por esa apariencia de poesia.

—Túvele!...respondió; pero tenia por rival la guillotina. Así es que siempre pongo algo de rojo en mis adornos para que nunca mi alegría vaya demasiado lejos.

-- Oh! si la dejais contar la historia de los cuatro jóvenes de la Rochela, seria nunca acabar. Calla pues Aquilina!...¿Acaso no tienen como tú todas las mujeres un amante que llorar? pero no todas tienen como tú la dicha de haberselo arrebatado el verdugo!...; Ah! que no diera yo para tener el mio en el cementerio de los ajusticiados en vez de saberle al lado de una rival!...

Esas frases tan cruelmente lójicas, las pronunció con voz dulce y melodiosa, la mas inocente, la mas linda, y la mas graciosa criatura que segun la expresion de Horacio Walpole, hubiese nunca salido de un huevo encantado.

Habiase acercado poco á poco y con silencio, y mostraba un semblante delicado, talle fino, ojos azules encantadores de modestia, mejillas frescas y puras. Una nayade injenua escapándose de su manantial, no es mas tímida, mas blanca, mas sincera...

Parecia tener no mas que unos diez y seis años,

ignorar el mal, ignorar el amor, no conocer aun las borrascas de la vida y parecia que acababa de salir de una iglesia, de rogar á los ángeles que plegáran al Señor para obtener antes de tiempo su vuelta al cielo.

Solo en Paris hay esas criaturas de cándido rostro, cuales bajo una frente tan dulce, tan tierna como la flor de una margarita, ocultan la depravacion mas profunda, los vicios mas acendrados. Engañados al principio por las celestiales promesas en el suave semblante de la jóven escritas, aceptando el café que les sirvió en las tasas presentadas por Aquilina, Emilio y Rafael quisieron cuestionarla.

Entonces acabó de transfigurar, por lo menos á los ojos de ambos poetas, por medio de una alegoría siniestra, no sé que faz de la vida humana, oponiendo á la espresion terrible y apasionada de Aquilina el retrato de esa corrupcion fria, voluptuosamente cruel; siendo esta niña suficientemente irreflexible para cometer un crimen, y suficientemente valerosa para reir despues de él; especie de demonio sin corazon, espiritu infernal, que se complace en castigar las almas ricas y tiernas por el goce de emociones para él desconocidas, que siempre tiene á la mano un simulacro de amor que vender, y tambien lágrimas para la sepultura de su víctima, con la facultad inversa de sentir inmediatamente despues regocijos horribles al leer su testamento...

Todo poeta hubiese admirado la hermosa Aquilina, todo corazon debia alejarse de la encantadora Eufrasia. Era la primera el alma del vicio, pero la otra, el vicio sin alma.

—Yo quisiera saber si alguna vez piensas en tu porvenir...

—¿El porvenir?... ¿A qué me venís ahora con el porvenir? ¿A que bueno pensar con lo que no existe aun? Pues sabed que nunca miro ni hácia adelante, ni hácia atras! ¿Acaso no es bastante el ocuparse de todo un dia á la vez? Por otra parte nuestro porvenir todos lo saben...; El hospital!...

—¿Como es posible que siendo aun tan jóven entreveas el hospital, sin tratar de desviarte de baratro tan horrible? exclamó Rafael.

—¿Pero, que tiene para nosótras el hospital que tanto deba espantarnos?... interrumpió la terrible Aquilina. Cuando no somos ni madres ni esposas; cuando la vejez nos viste las piernas con medias negras y con arrugas la frente; cuando la vejez marchita todo lo que hay de mujer en nosótras; cuando seca la alegría en las miradas de los que nos amaron, ¿que cosa mas horrible puede sucedernos?... Entonces de toda nuestra naturaleza, no veis mas que su barro primitivo... Es una cosa que anda con dos patas, fria, lívida, descompuesta, y marcha produciendo un ruido igual al de hojas muertas que el viento arroja de su ramo... Los mejores adornos

parecen guñapos en nuestro cuerpo miserable... El ambar que embalsamaba nuestro aposento toma el olor de muerto y sabe á esqueleto; y á mas, si aun ha quedado un corazon dentro ese fango, pareceos tener derecho de insultarle todos... Ni siquiera nos permitís mentar los recuerdos de nuestra juventud!... Y en ese caso, ora nos hallemos en una casa rica, destinadas á cuidar los perros, ora en un hospital á desmenuzar andrajos, ¿ acaso nuestro modo de existir no es igualmente detestable?... Toda la diferencia consiste en cubrir nuestras canas con un pañuelo ordinario, ó con encajes de algun precio... Por lo demas, en lugar de sentarnos en suntuosos hogares, nos calentamos con un brasero de tierra; y en lugar de ir al teatro de los palkos, vamos al teatro en el cual se cortan cabezas, y la plaza de las ejecuciones suministra tambien grandes ideas...
 — ¡ Aquilina mia !... En medio de tus desesperaciones, jamás tuviste, que yo sepa, tanta razon! respondió Eufrasia. Si; los cachemiras, los brocados, los perfumes, el oro, la seda, el lujo, todo cuanto brilla, todo cuanto agrada no parece bien sino á la juventud. Bien es verdad que el tiempo ó sea los años pueden vengarse de nuestros ininterrumpidos desórdenes!... ¡ Pero absuélvonos la felicidad de que disfrutamos!
 — ¡ Ola! ¿ parece que reís de lo que digo? continuó

lanzando á entrambos amigos una sonrisa viperina.

¿ Creéis por ventura que deliro tocante á nuestra felicidad y á la venganza del tiempo? prefiero una muerte en medio del placer, á una muerte causada por la enfermedad... Ni tengo la manía de la eternidad, ni gran respeto para la especie humana, cuando considero lo que Dios hace de ella... Por lo tanto dénme millones y los gastaré..... Os juro que no guardaria un maravedí para el año que viene..... Vivir para ser bella y reinar, es la única sentencia que pronuncia cada latido de mi corazon!..... Y bien veis que la naturaleza no reprueba mi fallo, pues que ella sola es la que alimenta el manantial de mis prodigalidades... ¿ Y preguntóos ahora por que nuestro Dios me concede cada mañana lo que gasto cada noche?... Y siendo así que nos ha puesto entre el bien y el mal para elejir lo que bien nos acomode, bien necia debiera de ser para inclinarme á lo que nos fastidia ó nos hace sufrir... Por consiguiente dejadme gozar!

— ¿ Y los demas? dijo Emilio.

— ¡ Y bueno! los demas que se compongan!... Mas cuenta me tiene reirme de sus padecimientos, que lamentarme en causa propia... Preséntese el mas bien pintado, y le apuesto á que no me ha de causar el menor disgusto.

— ¿ Que has pues padecido para pensar de este modo?... preguntó Rafael.

-- Qué? fuí abandonada por un patrimonio!... Yo! dijo Eufrasia tomando una postura con la cual manifestó sus atractivos personales y todas las seducciones de su sexo. Y sin embargo yo habia pasado las noches y los dias trabajando para mantener á mi amante... Pero de aquí en adelante, no seré ya mas víctima de alagos ni de promesas..... Y pretendo convertir mi existencia en una larga partida de placer...

-- ¿Pero, que no sabeis, exclamó Rafael, que la felicidad solo se encuentra en los afectos del alma?...

-- ¡Y bien! repuso Aquilina, ¿no es por ventura alguna cosa el verse admirada, lisonjeada, y teneis acaso en nada triunfar de todas las mujeres, hasta de las mas virtuosas, anonadándolas con nuestra hermosura y nuestro lujo?... Por otra parte, mas vivimos nosotras en un día, que una buena ciudadana en diez años, y por este solo punto queda decidido el problema...

-- ¿Una mujer sin virtud no te parece odiosa?... observó Emilio dirijiéndose á Rafael.

Lanzándoles entonces Eufrasia una mirada de vívora, respondió con inimitable acento de ironía:

-- ¡La virtud!... Eso lo dejamos para las feas y contrahéchas... ¿Sin ella que serian las pobrecitas?...

-- ¡Vamos calla!... exclamó Emilio, ¿quien te mete ahora en lo que no entiendes? ¿Como puedes hablar de la virtud sin conocerla!...

-- Ah! sin conocerla!... repuso Eufrasia. Entregarse por toda su vida á un hombre que debe aborrecernos, saber educar hijos que nos abandonan, y aun decirles gracias cuando nos traspasan el corazon... He aquí las virtudes que prescribís á la mujer!... Y ahora falta añadir que en recompensa de su abnegacion matrimonial, imagináis mil redes para sacrificarla durante su primera juventud... Y si se resiste, la comprometéis... Vaya una vida... Como sino valiera mucho mas quedar libre, amar á quien nos dé la gana, y morir jóvenes... Espirando entre los goces...

-- ¿Y que no temes pagar caras algun dia tus liviandades? Y bien! respondió, en vez de entremezclar mis deleites y pesadumbres, quedará mi vida dividida en dos partes, que son, una juventud incontestablemente divertida, y despues no sé que vejez incierta durante la cual, podria resignarme á sufrir segun mi buen parecer...

-- ¡Como se conoce que jamas ha amado!... dijo Aquilina con un sonido de voz que exprimia convicciones profundas. Nunca ha caminado cien leguas para ir á devorar con mil delicias una mirada y un desesperante no... Que poco que ha tenido su vida atada á un cabello, ni probado dar de puñaladas á una muchedumbre armada para salvar su soberano, su señor, su Dios. El amor para ella era un bonito coronel...

-- He! he! *La Rochela!*..... respondió Eufrasia. El amor es como el viento: las mas de las veces se ignora de donde viene. Al fin y al cabo, si hubieses sido idolatrada por un animal, aborrecerías á todos los hombres de talento...

-- Ya sabes que el código nos prohíbe tener comercio con los animales!... replicó irónicamente la grande Aquilina.

-- Vamos; que te creía mas indulgente para con los militares!... exclamó Eufrasia sonriendo.

-- ¡ Cuan felices son de poder abdicar hasta tal punto su razon!... exclamó Rafael.

-- ¡ Felices!... dijo Aquilina, medio sonriendo de compasion y de terror, lanzando al mismo tiempo á entrambos amigos una horrible mirada. Ah! vosotros ignorais lo que debe experimentar una alma sensible condenada al placer con un muerto en el corazon!...

Y aquí se elevaban de todas partes gritos estrafños. Contemplar entonces los salones, era tener una vista anticipada del Pandemónio de Milton. Allí habia saltos y bailes, animados con salvaje energía. Las azuladas llamas del *punch* coloreaban los semblantes de una tinta infernal. Rebentaban cajadas como las detonaciones de un fuego artificial. Los sitios de refriega tenian su imájen particular, tal combatiente estaba ya muerto; tal otro lidiador iba á quedar aletargado.

Era caliente la atmósfera, y como la embriaguez habia tapado lijeramente todos los ojos, cada cual creía ver una nube rojiza, y por el aire vapores de ebriedad. Habíase elevado, como en una faja luminosa trazada por un hacecillo de sol que atraviesa un aposento, un polvo brillante, á través del cual se entrechocaban las mas caprichosas formas, las luchas mas grotescas. Y despues, acá y acullá, habia grupos de figuras enlazadas, las cuales se confundian con mármoles blancos, dignas obras de escultura que los aposentos adornaban.

Bien que los dos amigos conservasen aun un sí es no es, de perspicacidad en las ideas, y en los órganos algun equívoco síntoma de accion, imperfecto simulacro de la vida, érales no obstante imposible reconocer con rigorosa exactitud lo que habia de real en aquel cuadro fantástico, y de natural, en las perspectivas que sus embotados ojos les ofrecian; tan de cerca les asediaba el cielo sufocante de la rejion de los ensueños, la suavidad ardiente que las figuras contraen; aquella ajilidad inesplicable cargada de cadenas; finalmente, de tal manera se hallaron en el imperio de los mas intrincados fenómenos del sueño, que fuerza les fué tomar la orjia llegada á este punto por un verdadero y caprichoso laberinto indescifrable. Habia movimiento sin ruido, gritos perdidos para el oido; y para acabar de una vez; los corazones, los semblantes, el

aire, estaban impregnados, poseidos de la borrachera, de amor, de delirio, de olvido del mundo; y hasta los tapices exalaban, esprimian el desorden...

Habiendo el ayuda de cámara de confianza conseguido, no sin trabajo, á arrastrar su amo á la antesala, dijole al oido:

— Señor, todos los vecinos rábian que se las pelan por tanto ruido...

-- Si les dá miedo el ruido, ¿ quien les impide poner paja delante sus puertas?... refunfuñó el anfitrión.

XIV.

Rafael soltó una carcajada tan burlescamente intempestiva, que le preguntó su amigo porque se reía con tanta brutalidad.

-- Mal año si me entendieras, respondióle. Primeramente deberia decirte que me habeis detenido en el muelle Voltaire, precisamente en el instante en que iba á tirarme al Sena, y sin duda te vendrian tentaciones de saber los motivos de mi muerte... Y despues cuando te añadiese que por una casualidad casi fabulosa, las ruinas mas poéticas del mundo material, acababan de resumirse á mi vista por una simbólica traduccion de la sabiduría humana; mientras que ahora los restos de todos los tesoros del mundo intelectual, cuyo dominio con tanta